

# Editorial

Las ciencias sociales se encuentran bastante a menudo frente a palabras que, a la vez que designan un tema en un sentido amplio y flexible sobre el que es posible construir un objeto de análisis, también pueden asumir el estatus de categoría analítica. Es en la ignorancia o disimulo de esa doble dimensión que lo que Durkheim llamaría pre-nociones aparecen travestidas bajo formas científicas o académicas. Y no es ajeno para estos mundos académicos la existencia de diversas tensiones derivadas de la participación (con todo lo indirecta que esta pueda ser) de sus zonas más dinámicas en las luchas por la imposición de visiones del mundo. Estas tensiones fueron resueltas en algunos de sus peores formas o bien simplemente al puro amparo de la autoridad cultural, o bien trazando una estrategia que implicaba la mimetización con los espacios más prestigiosos del mundo científico, lo que obviamente atentaba contra la propia especificidad. La posibilidad de reflexionar sobre las condiciones de producción de las propias herramientas como un momento constitutivo del proceso de producción de conocimiento sobre lo social, no resulta extraño a zonas significativas de las ciencias sociales contemporáneas y es algo que estructura esta revista. En este caso, sin embargo, la cuestión pasa a ser explícitamente central, ya que dos de los tres artículos principales se ocupan de trabajar sobre los límites, las dificultades que se presentan cuando este significativo es entrada teórica, herramienta, y no simplemente tema amplio a partir del cual se construye el objeto analítico. La insistencia en el trabajo sobre este tipo de problemas, sin dudas tiene que ver ahora con las particularidades de "identidad", pero también, y sobre todo, porque la propuesta de intentar decir algo sobre la propia sociedad en un país que ha debilitado en extremo la institucio-

nalidad académica y científica, y en donde entonces el aislamiento político-cultural en términos estructurales redundaría, aunque suene paradójico, en pérdida de autonomía académica e intelectual y subordinación al mundo tecnocrático (lo cual no inhabilita otra heteronomía quizá más evidente que revaloriza la intervención en la vida pública y hace de ella una simple cuestión de voluntarismo), no puede sustentarse sin asumir una permanente reflexión crítica sobre el propio espacio de producción.

Dice alguien por ahí que una buena investigación científica, en cualquier campo, pero por la familiaridad con el discurso corriente, muy particularmente en las ciencias sociales, es aquella que junta lo que todo el mundo creía que iba separado o demuestra la separación de lo que todos creían que iba junto. Claro que el reconocimiento de la problemática ambigüedad de ciertas formas para lograr esos resultados, no debería reeditar un movimiento precisionista que entre la mayor de sus virtudes en estos ámbitos consiste en no decir nada aunque con exactitud. Ocultarlas en el cajón de lo anticientífico y continuar con una perspectiva en la que la pelea contra el sentido común suele ser las más de las veces, la pelea contra el sentido común de los otros sociales, no es sólo abandonar una batalla particular, sino pararse frente a la producción de conocimiento de una manera en la que se atrofia lo que un sociólogo llamó la imaginación sociológica. Dicho más que rápidamente, uno puede pensar las categorías de las ciencias sociales como “moldes”, como “corsets” en donde asfixiar una empiria para lograr el cierre de un modelo o como “ventanas” que abran la posibilidad de repensar un mundo heterogéneo e infinito. Quizás estas aclaraciones tengan alguna pertinencia, ya que la noción de “identidad” a la vez que parece haberse convertido en algunas zonas de la comunidad académica internacional en una especie de doxa prestigiada que abarca demasiado y muchas veces dice poco, es paralelamente una herramienta de poderosa operatividad político-cultural en aspectos dramáticos de la historia argentina reciente. Esto, lejos de reducir su carácter ambiguo y problemático, lo reconfirma y con fuerza. Ahora bien, la adscripción a una idea ingenua, improductiva y si se quiere cobarde de la objetividad, llamaría a mirar para otro lado. Y si hay algo bien productivo en lo mejor de la tradición de las ciencias sociales en la Argentina, específicamente en la sociología, es de haber afrontado cuestiones complejas cuyo dibujo incluía, y no en abstracto, la implicación conflictiva de sectores significativos de la so-

ciudad -el caso del peronismo quizá sea el más significativo-. Como resultado de esas jugadas probablemente puedan encontrarse muchas de las mejores cosas de esa tradición, aunque quizá por las dificultades de nadar en mar escarpado, también las peores.

Las preguntas que diferentes grupos sociales se formulan a sí mismos acerca de "quiénes somos"; los cambios que esos grupos hacen de sus definiciones en relación a los otros, lo que implica la imaginación de estrategias para reentablar esa relación y de hecho prácticas diferentes; la intervención de distintos aparatos del Estado en la producción y reproducción de sus formas organizativas y simbólicas, que actúan a la vez sobre el perfil que adquieren las respuestas a esas preguntas; y también el Estado ejerciendo la violencia simbólica o la violencia lisa y llana dirigida a la inhibición de las disidencias (con variantes que van desde el reconocimiento subordinado hasta el exterminio) han sido y son posibles vías de entrada a través de las cuales las ciencias sociales han dado cuenta de la cuestión que nos ocupa.

Cuando uno de los miembros de la Junta Militar que llevó adelante el terrorismo de Estado en Argentina, vistiendo su uniforme de gala de almirante, en momentos en que testimoniaba ante el tribunal que lo condenaría, dijo, con la voz contundente del que se dirige a la tropa, algo así como: "estamos sentados acá porque si bien triunfamos en el terreno militar perdimos la guerra psicológica", no estaba negando la existencia de procedimientos planificados, sistemáticos, racionales, que operaban en el orden de lo simbólico, sino que sobre esa supuesta constatación, quizá simplemente se preguntaba por las causas de su inoperancia. La quema de libros, un ritual bárbaro que es la radicalización de la censura, quizás había sido la menor de las operaciones de terrorismo simbólico que una maquinaria ilegal sostenida por una legalidad ilegítima, había diseñado como parte de sus estrategias de eliminación no sólo de las personas definidas como enemigos, sino también de todo tipo de formas que supusieran su permanencia cultural y entonces su probable reproducción. Procedimientos aprendidos en academias militares del norte a efectos de afrontar un "nuevo tipo de guerra", llevaban la violencia también a niveles de lo simbólico como formas que actualizaban un saber que si bien no era extraño a esos ámbitos, se agudizaría de tal manera que permitirían desconocer el carácter de oxímoron de barbarie racional, como ya se nos había advertido que ocurría con "levedad del mal".

Las víctimas inmersas en las oscuridades de la ilegalidad que promovía la legalidad ilegítima, ya no eran. Simplemente porque no estaban más en el "mundo real". Sin embargo en esos momentos la violencia de la barbarie se continuaba aplicando todavía con fines que trascendían la mera obtención de información para convertir esos hechos en rituales de expiación, en torturas de oscurantismo religioso que apelaban a diluir definitivamente una identidad que aparecía de esta manera portando rasgos casi demoníacos. Estas violencias exasperadas a través de procedimientos metódicos que podían contar hasta con asistencia médica eran efectivamente un ritual que en esa magnificación del mal en las víctimas, poseían un carácter instituyente que reafirmaba las diferencias y por lo tanto a los victimarios en su papel, en su identidad redentora. Aunque las víctimas quizá pudiesen haber sido redimidas en catacumbas oscuras a juicio de sus victimarios, los planificadores que atendían a los aspectos simbólicos de la "batalla" que libraban, imaginaron que cualquier forma de presencia pública, aun la de un cadáver, posibilitaría la generación de elementos culturales que reavivarían identidades que debían ser negadas. Por esto se cumple con el paso previo al proceso final de la desaparición: la desaparición definitiva de la persona.

Luego de que las fuerzas de la gendarmería abatieran al que probablemente haya sido el último bandolero rural del siglo XX en Argentina, Isidro Velásquez, los lugareños comenzaron a dejar velas encendidas en el árbol a orillas del cual cayó muerto en la provincia del Chaco. Cuando el árbol se estaba convirtiendo en un lugar de peregrinación, las autoridades, para impedir los rituales paganos, alambra-ron el terreno rodeándolo a varios metros del punto de encuentro. Al continuar la llegada de gente, directamente cortaron el árbol y de todas maneras no pudieron impedir que ese lugar, con árbol o sin él, fuese un lugar de culto a Velásquez. Claro, quienes estaban a cargo de las tareas mencionadas en el párrafo anterior, no eran oscuros gendarmes provincianos, sino oficiales de las tres fuerzas armadas. Habían recibido capacitación y grupos enteros podían definirse a sí mismos como expertos en esta "nueva inteligencia militar". Probablemente es desde ahí que pueda entenderse el otro movimiento de exasperante violencia simbólica asentado sobre violencia lisa y llana que se presenta como el último paso en el proceso de desaparición: la apropiación y cambio de identidad de los hijos de aquellos que se pretendía ya no existiesen para la sociedad ni siquiera bajo la forma de cadáveres.

No hay dudas de que la cuestión de la identidad tiene problemas para su abordaje, y cualquiera de estos que puedan nombrarse, se magnifican en este contexto, debido a lo que quizá podría denominarse, límites culturales para analizar el horror cercano. Así y todo, la cuestión de la identidad en este país es indisociable de lo narrado. Construir, como se ha intentado en este número, un camino problematizando el capital específico y haciéndolo andar, es quizás una apuesta posible para ir trabajando contra esos límites.